

al cómputo mezquino del tiempo; y que aun humanamente hablando, su historia es la historia del mundo, que su nombre ha sido, es y será universal y perpetuamente venerado, y que hablar de las grandezas de Jesucristo es abismarse en la inmensidad y eternidad de Dios.

Mas no siendo posible referirlo todo, y habiendo de sujetarme, en una materia tan vasta, dentro de los estrechos límites de un discurso, permitidme que os hable de tres cosas que inician en cierto modo á la razon humana en los altos misterios de esta plenitud infinita. La predicacion de Jesucristo, la historia de su vida, el establecimiento y la conservacion de su Iglesia: he aqui, católicos, la sabiduría por excelencia, la santidad eterna, el poder sumo del Redentor del mundo, los dones inefables con que el Verbo hecho carne se ha dignado enriquecer á la pobre humanidad, la luz que ha civilizado al mundo, el poder que ha extendido entre los hombres el imperio de la virtud, y la misericordia que ha celebrado la feliz alianza del cielo con la tierra. Admiramos pues en esta noche, consagrada justamente á los mas santos y gloriosos recuerdos, admiremos, digo, cuanto cabe en la condicion humana, una verdad que dispó las tinieblas del universo, una vida que hizo nacer la virtud y la sostiene con el ejemplo mas sublime, un poder en fin que fundó un reino inmortal. Plenitud de verdad que destruye el imperio del error: he aqui la doctrina de Jesucristo. Plenitud de gracia que confirma esta verdad con los ejemplos, á fin de plantar en la tierra la virtud: he aqui las acciones, los padecimientos, la muerte ignominiosa de Jesucristo. Plenitud de gracia y de verdad eternamente unidas, de verdad que dirige y de gracia

que ejecuta y conserva: he aquí la Iglesia de Jesucristo. Mas yo no debo desplegar mis labios, hermanos míos, sin postrarme antes con vosotros delante de ese madero, escándalo para el judío, locura para el gentil, consuelo y apoyo, poder y sabiduría para nosotros, que por la gracia de nuestro Señor Jesucristo hemos renacido en el Espíritu Santo.

¡O Cruz! Yo te saludo con la Iglesia Santa. De ti penden hoy la esperanza y la inmortalidad. En ti se halla el manantial perenne de la sabiduría y de la misericordia, tu eres la fuerza y la unción de la palabra evangélica. Que descienda pues á mis labios una gota siquiera de ese licor dulcísimo y fecundo con que se dignó enriquecerte el Hijo de Dios: que esto me basta para celebrar dignamente su gloria á la vista de su sepulcro y en medio de su pueblo. ¡O Cruz, ave &c.!

### PRIMERA PARTE.

Siguiendo con fidelidad el curso de los tiempos, para venir á la época de su plenitud, en que Jesucristo habia de presentarse extendiendo sus augustos brazos, á fin de reunir en la sagrada colina del Calvario y al pie de su cruz á todas las naciones, nuestro espíritu se eleva por un impulso irresistible á contemplar las causas de un acontecimiento que nada tiene de comun con lo que mas admira la historia en la vida y en las acciones de los sabios y de los reyes. La filosofía, Señores, que se disonjaba en aquel siglo de haber atesorado un gran número



de verdades, la filosofía que en el silencio de una reserva misteriosa llegó á comprender la vanidad y aun ridiculeza del culto que tributaba la superstición á las divinidades del paganismo, la filosofía que mas de una vez habia ocupado el trono de los Césares, apuró en vano sus recursos para extender y uniformar todas sus convicciones. Las creencias de los sabios, si es que alguna tenian, eran tan varias como los sistemas filosóficos; y la idea de transmitir las á los pueblos, y con mas razon, la de reunirlos á todos en una sola creencia, fué ya un designio que traspasaba con mucho los límites de la posibilidad humana. Envueltos en las tinieblas mas densas, los pueblos todos hacian del error una profesion pública, tanto mas obstinada, cuanto mas lisongeaba sus brutales pasiones. Condiciones únicas, condiciones incommunicables, condiciones incapaces de confundirse, eran absolutamente precisas en el grande y sublime personage que habia de bajar de los cielos con el fin de reunir en un punto las persuaciones y las creencias, disipando las tinieblas que envolvian á la tierra y regenerando el entendimiento de los hombres con la manifestacion de su verdad. He aqui, Señores, el primero de los timbres que ofrecen á la veneracion del universo la vida y las acciones gloriosas de Jesucristo Señor nuestro. ¿Mas cuáles fueron las condiciones con que su hubo presentado á fin de realizar este prodigioso designio? Los sabios no se atrevian á revelar á los ojos del pueblo la vanidad del paganismo, por que su autoridad habria sido desecheda; mas Jesucristo presenta los títulos de su mision divina: las verdades que podian presentar aquellos, se hallaban confundidas con un sin número de errores, no tenian enlace, no formaban sistema, no po-

dian en suma mejorar la condicion del hombre; Jesucristo marca su doctrina con caractéres que subyugan irresistiblemente la razon humana.

En primer lugar, da testimonio de su mision divina. Un pueblo profético llena con su historia el prodigioso curso de cuarenta siglos; y esta historia cuya primera página muestra el principio de las cosas, el nacimiento del mundo y la creacion del hombre, el origen del mal y la promesa de su remedio; esta historia donde vemos figurar tantos pueblos y tantos reyes, resplandecer tanta magnificencia y tanta sabiduria, aglomerarse tantas acciones inmortales y tantas glorias diversas; esta historia donde admiramos el esplendor del culto, los timbres del sacerdocio, la sabiduria de las leyes, el gobierno de los pueblos; esta historia tan fecunda en resultados, tan variada en acontecimientos, nada encierra, Católicos, que no tenga por objeto el anuncio de Jesucristo: Jesucristo ocupa todas sus páginas: él es la fuerza que sostiene todas las instituciones antiguas, el objeto figurado en todos los acontecimientos de Israel.

Recorred todas las épocas que la historia cuenta, desde la falta deplorable de la primera muger hasta el parto glorioso de la Virgen Madre. ¿Donde no encontrais á Jesucristo? En el paraiso es prometido por Dios al estirpe delincuente; en el diluvio es representado en el arca misteriosa. Abraham merece, como una recompensa de su fidelidad, la infalible promesa de que habrá de salir de su generacion aquel por cuyo medio habian de ser bendecidas todas las naciones. Moises recibe en las cumbres del Sinai las tablas de una ley que habia de recibir su complemento en la cima del Calvario. Mas tarde Salomon dedica al verdadero Dios aquel templo magnífico,



donde todo representa dignamente al Redentor del género humano. El triste cautiverio de Babilonia y su gloriosa libertad son apenas una figura imperfectísima de la regeneracion que Jesucristo vino á producir en el universo. Ved, Señores, al Mesías en todas partes, vedle bajo la cuchilla sacrificadora de Abraham, ved su sacrificio incruento, su sacerdocio, su reinado y hasta su generacion misma en la persona y en la oblacion augusta del Gran Sacerdote Melchisedech; reconocedle en el altar de los holocaustos, en la tribu sagrada de Leví; adoradle con el Salmista-rey á la diestra de su Padre; ved en fin como vive en el corazón de los Patriarcas, y con cuanta magnificencia es anunciado por la voz de los Profetas.

¿Mas qué veo, Señores, en la plenitud de los tiempos? Nuevos y solemnes testimonios de Jesucristo. El espíritu de Dios abre milagrosamente los labios de Zacarías; y de ellos se levanta hasta el cielo aquel himno profético de honor, de gratitud y bendicion, aquel himno en que canta la gran visita del Señor á su pueblo, la redencion por tantos siglos esperada, el advenimiento del Mesías, luz divina que habia de *iluminar á tantos pueblos sumergidos en las tinieblas, en las sombras de la muerte.* (†) Impelido por una fuerza sobrenatural, el anciano Simeou penetra en el templo, toma en sus brazos al niño, y á la vista de este supremo Rey que habia traído la salud á las generaciones, y en la embriaguez dulcísima de un gozo puro y celestial, interrumpe la ceremonia religiosa con el cántico sublime de su muerte.—„En fin, Señor, llegó la hora feliz que aguardaba con impaciencia tu siervo: voy á morir en paz, por que

(†) *Luc. I, 79.*

*mis ojos han visto al Salvador del mundo.*” (†)

Una voz desconocida interrumpe el silencio del desierto. ¿Quien la ha pronunciado? El pueblo se sorprende á la vista de un personaje verdaderamente extraordinario. Su aspecto venerable, su vestidura humilde, el rigor de su penitencia llaman fuertemente la atencion general.—„¿Quien eres tú? le preguntan los enviados: ¿Elías acaso? ¿por ventura el Profeta?”—No soy, les respondió, no soy sino la voz del que clama en el desierto: *preparad el camino del Señor.* En medio de vosotros está uno á quien no conocéis, el que ha de venir despues de mí, el que fué hecho ántes de mí, y á quien yo no soy digno de desatar la cinta de su calzado.” (†)

¿Como résistir, Católicos, al poder de tantos y tales testimonios? Lo pasado y lo presente, los hombres y los acontecimientos, las ceremonias y las leyes, todo se reune á fin de mostrar en Jesucristo al Hijo de Dios. Pero no es esto todo: visitad conmigo aquella montaña célebre donde Cristo se transfigura. ¡O escena verdaderamente sublime! ¡O cuadro divino que pasma la inteligencia y encadena la admiracion! Jesucristo aparece revestido de toda su magestad, cubierto con los rayos de su gloria: tiene á sus lados al grande Elías y al Gefe del antiguo pueblo, á sus pies caen los Apóstoles incapaces de sostener el esplendor de aquella magestad. ¿Que misterio se encierra en este acontecimiento? ¿Por qué causa la gloria del empero aparece á los hombres en la cumbre de esta montaña? Que cese vuestra duda, católicos: se trata de Jesucristo, y su Eterno

(†) *Luc. II, 29 y 30.*

(††) *Joann. I, 21, 23, 26 et 27.*



Padre no contento con verle de tantos modos figurado y predicho, quiere anunciarle por sí mismo y consagrar con su testimonio inmediato en el culto de las generaciones la nueva verdad que iba á ser anunciada por Jesucristo al universo.—, Este es mi Hijo muy querido en quien me he complacido desde la eternidad: hombres, oidle:” *Hic est filius meus dilectus, in quo mihi benè complacui: ipsum audite.* (†)

¿Y qué diré de los testimonios que Jesucristo da de sí mismo? ¿Su evangelio por ventura será menos recomendado por ellos, que lo habia sido por la voz de toda la antigüedad, por el anuncio de los Profetas contemporáneos á su nacimiento, por su Precursor en el desierto y por su Eterno Padre en el Tabor? ¿Quien podría referirlos todos? ¿Donde está la elocuencia que baste á ponderarlos? El alma se pierde, Católicos, en ese abismo infinito de grandeza y de poder. Habla Jesucristo, y todo se rinde á su palabra: el cielo le escucha, la naturaleza le acata, el infierno le obedece, la tierra le admira. No se necesita mas que una palabra, ¿que digo? un acto de su voluntad basta para que se realizen los mayores portentos. No me empeñaré sin embargo en seguirle con vosotros por la vasta carrera de sus milagros: ninguno los ignora, y todavía recordamos con trasporte los paralíticos que recobran el movimiento, los demonios que abandonan despavoridos el seno de sus víctimas, las tempestades que se sosiegan á la presencia del Rey de la naturaleza, los discípulos marchando por la superficie de las aguas, los ciegos de nacimiento sorprendidos repentinamente con el cuadro magnífico de la creacion, los mu-

(†) *Math. XVII, v. 5.*

dos rompiendo con la palabra el silencio á que habian estado condenados toda su vida, los sordos escuchando, y los muertos, en fin, saliendo triunfantes del sepulcro.

¿Qué importa pues que haya desdeñado desde su cuna las vanas apariencias, el ornato fastuoso y la impotente fuerza de los grandes, para humillar con su palabra la razon altiva de los hombres, el que da tales muestras de su origen divino, el que así comprueba la mision que ha traido desde el seno de su Eterno Padre? ¿Qué importan las pajas de Belen y los humildes paños que le cubren, cuando veo descender al establo el ejército de las potestades del cielo, cuando los ángeles cantan allí *la gloria de Dios y la paz de los hombres*, y cuando veo confundidos delante del hijo de María el concierto rústico de los pastores con el magnífico y humilde homenaje de los reyes? No debemos extrañar, pues, que la predicacion de Jesucristo haya condenado al silencio los vanos discursos de los filósofos y la voz impostora de los oráculos. Pero qué, ¿son estos acaso los motivos únicos que sometieron á la palabra del Señor el espíritu del universo y la razon de los siglos? Entrad, católicos, en el fondo de su doctrina, abrid el Evangelio, recorred allí las altas verdades que contiene; subid á su origen por la contemplacion de su naturaleza. Sublime en sus misterios, una en su economía, universal en su inteligencia, santa en su moral, eterna en sus promesas. he aquí, Señores, los caracteres divinos con que se manifiesta la verdad de Jesucristo, para que el universo todo reconozca y admire en ella la palabra infalible de la sabiduria del Hijo.

*Sublime en sus misterios, la verdad que Jesu-*



cristo enseña ennoblece la razon humana, remplazando con una luz divina y eterna esas conjeturas de un dia, timbres de los mayores sabios y magnificas pruebas de nuestra limitacion y de nuestra nada. El dogma sacrosanto de un Dios trino y uno, *el verbo que existia desde el principio, que estaba en Dios, que era Dios*, (†) hecho carne en el vientre de una Virgen por obra del Espíritu Santo para nacer en el tiempo, padecer y morir; el hombre condenado á la muerte por el pecado original, reconciliado con Dios por medio de Jesucristo, destinado á resucitar en el gran dia en que ha de finalizar el mundo; el pan convertido en el cuerpo y el vino en la sangre del cordero sin mancha, para quedar á los hombres hasta la consumacion de los siglos, como una prenda de amor, en cual Jesucristo habia de presentarse á los ojos de nuestra fé con el doble carácter de Pontífice que sacrifica y víctima que se inmola; la tierra formando con el cielo una sociedad perdurable, en que, unidos todos los miembros con la cabeza, que es Jesucristo, por la profesion de una misma fé, por la participacion de unos mismos sacramentos, por la identidad del culto, por la sujecion á unos mismos pastores, se manifiesta el cuadro perfectísimo de aquel rico y poderoso imperio, en cuyo muro inexpugnable habian de estrellarse las oleadas furiosas que se levantarán del abismo, una ventura sin fin reservada á los justos, una desgracia sin fin destinada á los culpables; el mundo que corre fugitivo con todas sus ilusiones; el tiempo que vuela presuroso á undirse para siempre en el seno de la inmóvil eternidad: he aquí, Señores, un conjunto imponente,

(†) *Joann. I, 1.º*

admirable, divino; una concurrencia misteriosa de sombras y de luz, en que la verdad, semejante á la nube de Israel, es toda claridad para el sencillo creyente, toda oscuridad y tinieblas para la soberbia razon que tiene el increíble frenesí de buscar en si misma el gran principio y el inevitable término de todas las cosas.

¡O filósofos! Estos misterios profundos encienden la ira en vuestro pecho, arrancan de vuestros labios el grito de rebelion y arman vuestra mano sacrilega con el impotente dardo que arrojáis con furia contra el cielo. ¿Mas qué importan estas alarmas impías? Nada podréis contra la verdad: sostenida con la palabra infalible del Ser por esencia, ni espera ni teme nada de vosotros; y antes bien, para colmo de vuestra infamia, fijará su trono en el entendimiento humilde, mientras vosotros espantosamente undidos en el fango de vuestros pensamientos, siempre agitados y siempre infelices, os fatigaréis inútilmente por hallar una fuerza que os asegure contra las amenazas de la fe, no gustaréis nunca los encantos de la verdad, ni bajaréis al sepulcro precedidos de la esperanza.

*Una en su economía.* El primer indicio, Católicos, del humano saber es y ha sido siempre aquella insoportable mezcla de verdades y de errores, y mui particularmente la confusion de máximas, de principios y de sistemas, donde el entendimiento humano se extravía cuando parece mas seguro. Ni hai puntos de contacto, ni centro de reunion, ni el mas ligero indicio de unidad. Se habla mucho y se dice mui poco, se abraza todo y no se estrecha nada: he aquí la sabiduría del gentilismo. ¿Qué otra cosa nos dicen aquellas sectas donde cada uno imaginaba el



haberlo hallado todo, y donde nada nos sorprende tanto, como el conjunto de las imposturas y de los errores, los laberintos en que se extravió tantas veces el génio de la ciencia; y las torcidas huellas que nos recuerdan todavía la incierta y vacilante marcha de razon humana? Solo Jesucristo, hermanos míos, ha podido comunicar á su doctrina el órden y unidad estupendas que no solamente ilustran y llenan de admiracion al verdadero cristiano, sino que han arrancado mil veces aun al impío los mas cumplidos homenages. Por esto vemos que mientras una parte del mundo adora á Jesucristo; como un Dios, otra parte le reconoce y aclama primer sabio de los siglos.

Las ideas de criador y criatura nos llevan hasta el origen de la especie humana. En el acto mismo de presenciar la creacion, vemos abrirse á nuestros pies el camino que debe recorrer el hombre para llegar á su destino inmortal. Allí descubrimos nuestra dependencia gloriosa, nuestra limitacion: desde el sentimiento de nuestra nada nos elevamos hasta el origen del Ser y el manantial de la sabiduría; y ya desde entonces esperamos únicamente de Dios la verdad y la ley. En esta primera página del mundo se nos presentan casi á un mismo tiempo el pecado que condena á toda la humanidad, y la promesa de un Redentor que ha de satisfacer á la justicia divina para salvar á los hombres. Los Patriarcas, los Profetas, las instituciones, la religion, los sacrificios, todo está íntimamente ligado á esta promesa; y aun ántes de nacer el Salvador del mundo atraviesa con magestad los siglos todos que ocupan el espacio que media entre Eva y María. Jesucristo llega: es Dios y hombre: su palabra exige lo negacion de nuestro entendimiento; su ley, el holocausto de nuestra voluntad. A este

doble sacrificio está unida una recompensa eterna, asi como á la pertinacia del incrédulo y á la obstinacion del pecador corresponde una desgracia que no ha de tener fin. La negacion de sí mismo íntimamente unida con la felicidad verdadera, la única sabiduría dependiente del sacrificio del entendimiento; el órden, la paz, el verdadero gozo, inseparables del sacrificio de la voluntad: he aqui, Señores, un maravilloso sistema en que todo está unido á una idea capital, á la negacion de nosotros mismos.

*Universal en su inteligencia.* Admiro como es justo aquellos misterios sublimes y esta unidad perfecta; pero cuando paso á la universalidad que tiene por su clara inteligencia la verdad de Jesucristo, cuando la veo tan sencilla como elevada, cuando me convenzo por las pruebas de una irrecusable experiencia, de que el Señor ha querido prodigarla sin medida á los pequeños y sencillos, tal vez en el instante que la rehusa á los grandes y á los sabios, mi razon vencida sucumbe bajo el poder de este arcano. Recorred, Señores, el inmenso campo del cristianismo, visitad con la imaginacion todas las clases, desde el palacio hasta la cabaña. ¿Quién ignora estos misterios? ¿quién no ha comprendido el conjunto de estas verdades? ¿á quién se oculta el superior designio que contienen? ¿quién no ha penetrado su maravillosa economía? ¡Ah! Cuando busco la verdad y la ley, las reconozco igualmente en el idioma inculto del aldeano y en los labios balbucientes del niño.

¿Qué habia podido con su magnificencia y aparato la razon de los antiguos filósofos? ¿Cuándo mostraron ellos al pueblo los conocimientos que ofrecian á la admiracion? ¿Qué habia sido la parte mas numerosa de la sociedad, ántes que la cruz de Jesucristo



derramase aquella sabiduría profunda, á cuya única posesion aspiraba el Apóstol de las gentes? Los Sacerdotes en Egipto, los Magos en Persia, los Brachmanes en el Indostan y los filósofos entre los griegos, ¿qué fueron, decidme, sino arcaas cerradas de ilusiones ó imposturas? Se diria que penetrados de la vanidad de sus pensamientos, mantenian la ciencia envuelta de continuo en las sombras del misterio, recelosos de una publicacion que hubiera comprometido su celebridad. El pueblo lo ignoraba todo, hasta el abismo de su degradacion. Estaba reservado á vos, ¡O Jesus! derramar sobre esta ruda y extendida mole la inmensa copia de vuestra sabiduria, haciendo por este medio que en vuestra persona reconociera el universo la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo: *Lux vera, quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.* (†)

*Santa en su moral.* ¿Quién otro que Jesucristo, Católicos, pudo haber sancionado su ley dando á cada precepto un carácter verdaderamente celestial? Su reino no es de este mundo, sus leyes no estan sujetas á las vicisitudes del tiempo, su doctrina es verdaderamente santa. La práctica de esta doctrina hace reinar el Espíritu Santo en el corazon, y la observancia de la ley es un vínculo indisoluble que parece unir al cielo con la tierra. Dios en el hombre, el hombre en Dios: he aquí la moral de Jesucristo. Somos por ella una cosa que no pertenece á la tierra: el entendimiento se levanta sobre las alas de la fe en busca del grande objeto hácia donde le impele sin cesar el fuego del amor divino. Donde el Evan-

(†) *Joann. I, 9.º*

gelio se observa como la regla universal no hay sacrificio costoso, no hay empeño difícil; y desde el individuo que obedece hasta el caudillo que manda, no se ve mas que un comercio dulcísimo de condescendencia cristiana, que afirma incesantemente el imperio de la paz, hace reinar juntas la virtud y la sabiduría, y franquea por todas partes las avenidas de la felicidad.

Como la mision de Jesucristo fué restablecer á los hombres en los derechos á la felicidad que habian perdido por el pecado original, el nuevo reino que fundó en el mundo se dirige nada menos que á poner á todos sus miembros en la posesion inamisible de Dios que es la ventura celestial. Pero qué, ¿esta moral santa, cuyo inmediato objeto es la eternidad, no ha venido tambien á dar paz á los hombres dentro de los límites del tiempo? Antes de Jesucristo, la historia de las instituciones humanas parecia dirigirse á convencer al mundo de que no habia medio ninguno para la política en la fatal alternativa de la insurreccion y de la tiranía. Jesucristo fué con la santidad de su ley el que sancionó la libertad de los pueblos, *borró la infame definicion de esclavo del código* de las naciones, sentó los principios de la sociedad y dió una constitucion al universo. „Sabeis, dijo á sus Apóstoles, y en ellos tambien á cuantos hubiesen de gobernar segun el Evangelio, „sabeis que los Príncipes de las naciones „dominan sobre ellas, y que los mas grandes ejercen en ellas el poder. No será asi entre vosotros; „sino antes bien, el que quisiere ser mayor sea vuestro criado y el que quisiere ser el primero sea „vuestro siervo: por que el Hijo del hombre no vi- „no para ser servido, sino para servir y dar su vida